UNA TARDE. UNA LLAMA

QUIERO decir te amo,
dejar sin este peso mi lengua posesiva,
desligar las palabras de su lecho de sombra.
Y en vez de eso digo: la tarde contagiosa
se ha bebido los trinos de todo el universo.
(Son mi universo—un patio
que no veo—los límites
verdes y silenciosos por un ala partidos.)
Quiero decir te amo.
Debo decir te amo alguna vez... Buenas tardes,
le respondo a una monja
que se va. Llegó de Lima. Mira en quechua
y por su sonrisa colonial de sueño incaico
baja a mi mesa el viento
de la puna. Solitarias llamas femeninas
miran al cielo. En grupos
como humos se pierden...
Y ahora recuerdo que intentaba decir te amo...
Alguna vez lo dije, pero me olvido siempre.
Las palabras se hunden—¿y el corazón, Dios mío?—
en oscuros pasados, en túneles sin ecos
y pierdo la memoria
de lo que dije un día. ¡Qué sola sin pasado!
Acaso es que yo nunca
dije te amo, y este
silencio que no rompo soy yo misma y mi sombra.

(Ah, ya se me olvidaba:
escribí este poema
en una biblioteca con retratos antiguos,
situada a la orilla de la luz y del aire
donde no tiene nada que hacer la primavera.
Allí mi verso suena
a cosa enloquecida.)



JULIA UCEDA